

A lo largo de la historia siempre ha existido la tentación —y la ilusión— de considerar a ciertas relaciones sociales como “naturales”. Es decir, a lo que no es sino el producto de un proceso histórico se le confiere una especie de consagración y se le declara perteneciente al reino de la naturaleza o bien, brotado de una disposición divina.

Cuando se sacraliza un vínculo social, la pretensión es presentarlo como eterno, único y excluyente de otros similares. Ha pasado esto con diversas formas de organización política, pero sobre todo con la familia. En las diversas épocas y en los distintos conglomerados sociales han florecido también otros tantos tipos familiares. Muy poco o casi nada tiene que ver la asociación que existió, por ejemplo, en la antigua Grecia, entre los pueblos del Oriente Medio a los que hacen alusión libros sagrados como la Biblia, el Corán o el Talmud, con la “familia” de los pueblos germánicos o finalmente con la familia llamada celular que distingue a la última fase de la civilización occidental. Tampoco existe semejanza entre aquellas formas de parentesco con las distintas versiones que existieron en la América prehispánica. En su momento, cada tipo de agrupación que ora comprendía a la madre y a los hijos exclusivamente, ora al padre junto con numerosas madres de los hijos, ora a los sirvientes, etcétera, se ofreció como la “natural”.

Nuestros tiempos no son excepcionales ni novedosos en

este punto: “Reconocemos a la familia natural como célula fundamental de la sociedad. . .”, “Afirmamos que el matrimonio es el núcleo de la familia, entendido como la unión vitalicia de un hombre y una mujer”. Bastan estas dos categóricas declaraciones que contiene un documento muy difundido en el estado de Chihuahua por instituciones públicas y privadas, para hacernos saber que hay una “familia natural”, por lo que otro tipo de asociaciones, que no descansan en el matrimonio tal y como éste se concibe, son “antinaturales” o quizá responden a los artificios de diabólicas conspiraciones.

El problema dista de ser sólo un debate intelectual, sin trascendencia, puesto que las concepciones aludidas sirven de base para enseñar en las escuelas de primeras letras. Y el efecto que causan puede ser catastrófico. No hace mucho se informaba de la profunda crisis a la que había sido inducido un niño de diez años y que lo llevó a las puertas del suicidio, porque los instructores o difusores de estos valores insistían en presentar como “normal” sólo a las familias en las que convivían el padre, la madre y los hijos. El infante aludido vivía solamente con la madre, sin haber conocido nunca a su padre.

En las ciudades modernas, sobre todo las industriales, que han incorporado masivamente a las madres de familia al trabajo fabril, un creciente número de niños viven en familias distintas a ésta tenida como natural. Es decir, provienen de núcleos “anormales”. ¿Puede, en rigor, sostenerse esta visión tradicionalista de la familia que

riñe a todas luces con la realidad? Ciertamente, responde a una grave incongruencia de las instituciones dominantes, como la jerarquía eclesiástica e influyentes sectores del Estado. Por una parte, se reproducen día a día todas las condiciones económicas, políticas, culturales y sociales que tienden a disolver la familia celular, que obligan a millones de parejas a la separación y sobre todo, que instalan a otros tantos niños en hogares formados regularmente por ellos y su madre u otros parientes. Y por la otra, se mantiene por todos los medios la prédica de un único tipo de familia aceptable y normal. El resultado es que una altísima proporción de los niños que asisten a las escuelas donde se difunden estos valores, quedan fuera, son irregulares. Muy a la manera de la antigua práctica, plasmada incluso en la ley, consistente en llamar bastardos o naturales a los vástagos nacidos fuera del matrimonio.

En un mundo cada vez menos homogéneo, a pesar de los poderes que se empeñan en frenar la tendencia a la diversidad, muy bien harían los diseñadores de estas campañas a favor de ciertos valores sociales, en revisar sus concepciones para ponerse al día y así, no pretender que la sociedad finque sus cimientos en dañinos anacronismos.

Existen múltiples aristas del tema, varias de las cuales se tocan en el dossier que ofrecemos en este número de Revista de las Fronteras, con la sensata intención de promover un debate constructivo que beneficie a la colectividad.

EDITORIAL

¿Qué familia? Un debate necesario

Los hombres nunca hacen daño tan completa y alegremente como cuando lo hacen por convicción religiosa

Blas Pascal,
Pensamientos